

Friedrich Nietzsche

Consideraciones intempestivas, 1

David Strauss, el confesor
y el escritor
(y fragmentos póstumos)

Introducción, traducción y notas
de Andrés Sánchez Pascual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Unzeitgemässe Betrachtungen:
David Strauss, der Bekenner und der Schriftsteller*

Primera edición: 1988
Tercera edición: 2015
Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Andrés Sánchez Pascual
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9362-0
Depósito legal: M. 26.634-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Introducción de Andrés Sánchez Pascual	9
Consideraciones intempestivas, 1. David Strauss, el confesor y el escritor	
Uno	33
Dos	41
Tres	55
Cuatro	60
Cinco	71
Seis	76
Siete	84
Ocho	95
Nueve	107
Diez	118
Once	124
Doce	135
Apéndice primero. Fragmentos póstumos relacionados con David Strauss y con la primera <i>Intempestiva</i>	155
A. Fragmentos de la época de la composición de la primera <i>Intempestiva</i> (primavera-verano de 1873)	157
B. Fragmentos de épocas posteriores a la composición de la primera <i>Intempestiva</i>	223
Apéndice segundo. Fragmentos de <i>La vieja y la nueva fe</i> de David Strauss	233

Índice

Apéndice tercero. Karl Hillebrand: «Nietzsche contra Strauss»	313
Apéndice cuarto. B. F.: «El señor Friedrich Nietzsche y la cultura alemana»	335
Notas del traductor	349

Introducción

Las cuatro *Intempestivas* son íntegramente belicosas. Demuestran que yo no era ningún «Juan el Soñador», que me gusta desenvainar la espada, – acaso también que tengo peligrosamente suelta la muñeca. El *primer* ataque (1873) fue para la cultura alemana, a la que ya entonces miraba yo desde arriba con inexorable desprecio. Una cultura carente de sentido, de sustancia, de meta: una mera «opinión pública». No hay peor malentendido, decía yo, que creer que el gran éxito bélico de los alemanes prueba algo en favor de esa cultura – y, mucho menos, su victoria sobre Francia [...]

El primero de estos cuatro atentados tuvo un éxito extraordinario. El revuelo que provocó fue espléndido en todos los sentidos. Yo había tocado a una nación victoriosa en su punto vulnerable, decía que su victoria no era un acontecimiento cultural, sino tal vez, tal vez algo completamente distinto... La respuesta llegó de todas partes y no sólo, en ab-

soluto, de los viejos amigos de David Strauss, a quien yo había puesto en ridículo presentándolo como tipo del cultifilisteo alemán y como *satisfait* [satisfecho], en suma, como autor de su Evangelio de cervecería de la «antigua y la nueva fe» (– la expresión «cultifilisteo» ha permanecido desde entonces en el idioma introducida en él por mi escrito)*.

Así resume Nietzsche en su autobiografía *Ecce homo* el propósito y el resultado de la primera de sus *Consideraciones intempestivas* titulada *David Strauss, el confesor y el escritor*. El 19 de febrero de 1888, pocos meses antes de escribir las líneas citadas, Nietzsche enviaba una carta a Georg Brandes, su «descubridor» danés. En ella le comenta algunos de sus libros y dice sobre esta *Intempestiva*:

Mi escrito contra Strauss, la maligna carcajada de un «espíritu muy libre» a propósito de un espíritu que se tenía por tal, provocó un enorme escándalo: cuando aún no tenía yo más que 24 años era ya catedrático de universidad y, por tanto, una especie de autoridad y algo *probado*. Lo más imparcial sobre este proceso, en el cual tomaron partido en contra o a favor de mí casi todas las «notabilidades» de la época y se imprimió una absurda cantidad de papel, se encuentra en el tomo segundo del libro de Carl Hillebrand *Tiempos, pueblos y personas*. El acontecimiento consistió, no en que yo me burlase de la chocha mamarrachada de aquel crítico extraordinario, sino en que sorprendiese in fraganti al gusto

* Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial (2013), Biblioteca de autor-Nietzsche, pp. 93-94.

alemán en una comprometedor falta de gusto: a pesar de la diversidad de los bandos teológico-religiosos, el gusto alemán había admirado unánimemente *La vieja y la nueva fe* de Strauss como una obra maestra de libertad y de finura de espíritu (¡también de *estilo!*). Mi escrito fue el primer atentado contra la cultura alemana (–contra aquella «cultura» que, según decían las gentes en son de elogio, había obtenido la victoria sobre Francia–); el vocablo «cultifilisteo», que yo acuñé, ha permanecido desde entonces en el idioma, introducido en él por el furioso vaivén de la polémica.

Intempestivo había sido también, aunque no lo proclamase en su título, el primer libro de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*. Ahora bien, ¿qué era lo que había llevado a su autor desde las meditaciones sobre los remotos tiempos de la Grecia primitiva a la más candente actualidad de aquellos días en Alemania, es decir, a la discusión sobre la obra *La vieja y la nueva fe* de David Strauss, recién aparecida, pero sobre la que se habían escrito ya decenas y decenas de artículos y también algunos libros?

Del primer libro al segundo

En los primeros días del año 1872 había aparecido el primer libro de Nietzsche: *El nacimiento de la tragedia**. Llevaba un «Prólogo a Richard Wagner», fechado en

* Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial (2012), Biblioteca de autor-Nietzsche.

«Basilea, a finales del año 1871», que terminaba con estas palabras:

Yo estoy convencido de que el arte es la tarea suprema y la actividad propiamente metafísica de esta vida, en el sentido del hombre a quien quiero que quede dedicado aquí este escrito, como a mi sublime precursor en esa vía.

El libro de Nietzsche encontró una acogida entusiasta en casa de los Wagner. Los minuciosos *Diarios* de Cósima Wagner dan testimonio de ello. Así, el 3 de enero de 1872 dicen:

A mediodía encuentro a Richard muy agitado y excitado a causa del libro del profesor Nietzsche, está feliz de haber vivido esto... Por la noche leemos en el escrito de Nietzsche, que es realmente magnífico; Richard hace una alusión a las gentes que ahora llevan la voz cantante en Alemania y se pregunta cuál será el destino de este libro...

Y el 4 de enero:

Por la noche proseguimos la lectura del escrito de Nietzsche, del que Richard está cada vez más contento, pero nos preguntamos qué público encontrará...

Y el día 6:

En un estado de ánimo muy serio [por el fallecimiento de una hermana de Wagner] seguimos ayer leyendo el nuevo libro del profesor Nietzsche; nuestra alegría es cada vez ma-

yor... Hoy por la noche hemos acabado de leerlo; Richard dice: «Éste es el libro que he estado anhelando».

El 10 de enero de 1872 escribe Richard Wagner una muy importante carta a Nietzsche sobre *El nacimiento de la tragedia*; no se quedará atrás en sus alabanzas Cósima en la que le envía el 18 del mismo mes. Nietzsche había hecho llegar ejemplares de su obra a otros dos músicos, Franz Liszt y Hans von Bülow, y también de ellos recibe cartas muy elogiosas. Y, como era de esperar, Erwin Rohde y Carl von Gersdorff, los dos amigos de Nietzsche, reaccionan con parecido entusiasmo.

Ahora bien, Nietzsche era entonces, como él mismo le recuerda a Georg Brandes en la carta antes citada, catedrático de universidad, catedrático de filología clásica en la Universidad de Basilea. Y la reacción de los filólogos y, en general, del público culto alemán, la reacción de las personas que llevaban la voz cantante en Alemania, y a las cuales se había referido Wagner con cierta aprensión nada más comenzar la lectura del libro, fue muy diferente de la de los músicos o los amigos de Nietzsche.

Friedrich Ritschl, el maestro de Nietzsche, el hombre que le había proporcionado la cátedra en la Universidad de Basilea, tuvo en sus manos un ejemplar de la obra ya el 31 de diciembre de 1871; y ese día escribió en su *Diario*: «Libro de Nietzsche. *El nacimiento de la tragedia*. Ingeniosa cogorza». Los otros maestros de la filología clásica en las universidades alemanas reaccionaron con hostilidad y desprecio. Nietzsche fue declarado «científicamente muerto». Y un silencio de muerte rodeó a *El nacimiento de la tragedia*. El *Literarisches Centralblatt*, la

revista de Leipzig en que Nietzsche, siendo aún estudiante, había colaborado con algunas recensiones, se negó a publicar un breve escrito de Rohde sobre la obra. La primera recensión, anónima, apareció en una revista de Florencia.

En abril de 1872 los Wagner abandonan Tribschen, donde tantas veces los había visitado Nietzsche, y se trasladan a Bayreuth para emprender la incierta aventura de la construcción del teatro. Nietzsche pasa tres días a solas con Cósima en Tribschen; le ayuda a empaquetar las partituras, los libros, las cartas. Del 18 al 23 de mayo (la semana de Pentecostés) asiste en Bayreuth a la colocación de la primera piedra del teatro wagneriano. Su libro sigue rodeado de un inquietante silencio. Hasta que estalla la tormenta: a finales de mayo el joven y prometedor Ulrich von Wilamowitz-Möllendorf publica un panfleto contra *El nacimiento de la tragedia*; lo titula *Filología del porvenir* (en clara alusión a la «música del porvenir» de Wagner) y en él invita a Nietzsche a que abandone la cátedra. En el otoño Erwin Rohde replica al panfleto de Wilamowitz con otro de pareja violencia, titulado *Pseudofilología*.

El año de aparición de *El nacimiento de la tragedia* fue para Nietzsche un año de desesperación cada vez mayor. Pero no precisamente por los ataques a su persona y a su libro; Nietzsche ni siquiera se dignó responder a ellos. Sino porque la empresa de Bayreuth estaba a punto de fracasar. En ella había puesto Nietzsche gran parte de sus esperanzas de una renovación de la cultura alemana: «Quiero conjuntar a Schopenhauer, a Wagner y a la Grecia más antigua: proporcionan la visión de una cultura magnífica», escribía. Pero Alemania, el recién fundado

Reich, las personas que llevaban la voz cantante en el país respondían con un encogimiento de hombros o con burlas a los cada vez más angustiados llamamientos de Wagner.

Con la frialdad que da la desesperación, Nietzsche se planteó esta pregunta: ¿Por qué fracasa Wagner, por qué está a punto de desmoronarse la empresa de Bayreuth? En sus apuntes privados aparece una y otra vez esa cuestión. Y sin duda es lícito pensar que también se preguntaba: ¿Por qué triunfan las cosas que ahora triunfan? ¿Cuál es la razón de su éxito? Por ejemplo: en octubre de 1872, a los pocos meses de la aparición de *El nacimiento de la tragedia*, se había publicado un libro de David Strauss titulado *La vieja y la nueva fe*, en diciembre era ya necesario imprimir la cuarta edición; ¿por qué tenía éxito el libro de Strauss, aquella «chocha mamarra-chada», según le escribe Nietzsche a Brandes?

Tampoco al año siguiente, 1873, mejoran las perspectivas para los proyectos de Wagner. Por otro lado, la salud de Nietzsche se deteriora seriamente; el problema de sus ojos adquiere una gravedad alarmante. En marzo aparece, como réplica al escrito de Rohde, una «segunda parte» de la *Filología del porvenir* de Wilamowitz.

La Semana Santa de este año de 1873, a mediados de abril, la pasan Nietzsche y Rohde con los Wagner en Bayreuth, donde Nietzsche lee a sus amigos las páginas de un nuevo manuscrito, *La filosofía en la edad trágica de los griegos*. Los *Diarios* de Cósima, que siguen con todo detalle la estancia de Nietzsche y Rohde en Bayreuth, no dicen nada de que en aquellos días se hablase del libro de Strauss. Pero, nada más volver de Bayreuth

a Basilea, Nietzsche le escribe a Wagner (carta del 18 de abril de 1873):

He leído ahora de principio a fin el libro de David Strauss *La vieja y la nueva fe* y me he quedado asombrado tanto de la estupidez y ordinariez del escritor como de las del autor.

En agosto de ese mismo año aparecerá esta primera *Intempestiva*. ¿Por qué atacó Nietzsche a Strauss? Y, antes, ¿quién era este David Strauss?

Quién era David Strauss

Nacido en Luisburgo el año 1808, David Friedrich Strauss había realizado sus primeros estudios en Blaubeuren, un antiguo monasterio secularizado, y en 1825 había ingresado en el famoso *Tübinger Stift*, la institución donde se formaban los clérigos protestantes y donde habían estudiado, entre otros grandes nombres, Hegel, Schelling y Hölderlin. Strauss realizó allí sus estudios teológicos, que terminó con el doctorado en 1830. Durante algún tiempo desempeña el puesto de vicario en una pequeña parroquia rural. A principios de noviembre de 1831 se traslada a Berlín para escuchar las lecciones de Hegel. Pero éste muere a los pocos días de la llegada de Strauss, quien permanece un año en aquella ciudad. Allí se relaciona con los círculos de la izquierda hegeliana y escucha las lecciones de Schleiermacher, cuyas doctrinas ya conocía, desde sus tiempos de estudiante, por su maestro Baur.

Vuelve a Tubinga en mayo de 1832 y da clases como profesor auxiliar en la universidad; enseña lógica, metafísica, historia de la filosofía moderna; es el primer expositor de las teorías hegelianas en Tubinga. Entretanto va preparando su gran obra: *La vida de Jesús*, que aparece en dos volúmenes en 1835 (segunda edición, 1836; tercera edición, 1838; cuarta edición, 1840). La publicación de este libro hace de repente famoso a Strauss en toda Europa... y le hace perder también el puesto de docente que desempeñaba. Fue expulsado de la universidad.

En 1839 las autoridades del cantón de Zúrich le ofrecen la cátedra de dogmática en la universidad de aquella ciudad. La acepta. Pero, antes de poder comenzar las clases, es «jubilado». Generosas, igual que lo fueron con Nietzsche, las autoridades suizas le conceden una pensión vitalicia. El motivo de que Strauss no pudiera dar una sola clase: la piadosa población se había sublevado y poco después derribó al gobierno. En aquella ocasión escribió el dramaturgo austríaco Franz Grillparzer una obra maestra de ironía: *Carta de Dios al alcalde de Zúrich sobre el nombramiento del profesor Strauss**.

A partir de ese momento Strauss se convierte en un «escritor libre» y lleva una vida errante por diversas ciudades de Alemania. En 1840-1841 publica los dos volúmenes de su *Dogmática*. Se casa con una cantante; el matrimonio fracasa. En 1848 se presenta a las elecciones

* Comienza con estas palabras: «No puedo ocultarle que el nombramiento del profesor Strauss para la cátedra de dogmática en la Universidad de Zúrich no coincide en modo alguno con mis deseos. Strauss ha tratado a mi Hijo casi de la misma manera que Hegel me ha tratado a mí...».

para la Asamblea Nacional de Fráncfort, pero no consigue ser elegido. Abandona la política y también las cuestiones teológicas y se dedica a escribir principalmente biografías de personajes alemanes. Va de ciudad en ciudad; es un furibundo enemigo de Wagner, hasta el punto de que abandona Weimar, donde residió algún tiempo, asqueado por el ambiente wagneriano que allí se respiraba. En 1868 tuvo una polémica pública con Wagner, en verso; malos los versos de Strauss, peores los tres sonetos de Wagner. Su presencia se va difuminando cada vez más en la esfera cultural alemana. En 1863 recobra un poco la popularidad; da a la imprenta una «versión popular» de su primera obra, la que lo había hecho famoso y la que lo había condenado a una especie de exilio interior, la titula ahora *La vida de Jesús, reelaborada para el pueblo alemán*.

El año 1870 lo hace volver de nuevo a la actualidad. Nada más comenzar la guerra franco-alemana cruza unas cartas públicas con Renan, su antagonista en cierto modo, pues también éste era autor de una conocidísima *Vida de Jesús*. Se pone incondicionalmente del lado de Prusia y de Bismarck. La victoria militar sobre Francia, la creación del segundo *Reich* lo transforman en un «optimista». Publica poco después su último escrito, *La vieja y la nueva fe*. Todos, absolutamente todos –los teólogos en primer lugar, pero también los filósofos, y los científicos, y los periodistas, y hasta su íntimo amigo de juventud Friedrich Vischer– se lanzan contra él. Pero es el hombre del día. Como ya se ha recordado antes, en tres meses es necesario imprimir cuatro ediciones de la obra. Cuando Nietzsche escribe poco después su *Intem-*

pestiva contra Strauss se va ya por la sexta edición; Nietzsche no deja de subrayarlo con amargura en su escrito.

Strauss muere poco después, en febrero de 1874; estaba enfermo de cáncer. En algunos de sus fragmentos póstumos (véanse luego los números 137, 138 y 139, pp. 227-229) Nietzsche juega con la macabra idea de haber sido él quien lo «mató»; aunque «sin darme cuenta», añade.

Tal es el perfil biográfico del hombre contra el que Nietzsche dirigió su primera *Intempestiva*. Ni el cultifilisteo ni su obra *La vieja y la nueva fe* tuvieron entonces buena suerte en España. Hoy no se podría decir lo mismo. En 1875, un año después de morir Strauss, Castelar publicó sobre él un largo artículo en la *Revista de España* (número del 28 de marzo de 1875, pp. 153-185). Se titula «Un filósofo hegeliano» y comienza con estas palabras: «La antigua Suabia es una región deliciosísima, quebrada en sus terrenos, varía en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos ríos, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas, rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados y en viñedos donde se cogen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermoçada aún más por la virtud del trabajo. En esta región brotaron los coros de poetas cuya gloria se refleja sobre la frente de toda Alemania; y nacieron el gran filósofo Hegel y su infidelísimo discípulo el doctor Strauss...», etc. (sigue por el estilo). – *La vieja y la nueva fe* sí fue traducida al español, pero en una versión horrorosa e ininteligible. Aunque en la portada se dice «traducción del alemán», mil detalles de-

latan que es una retraducción del francés; el traductor tampoco debía de conocer este último idioma. Sería seguramente, por otro lado, uno de aquellos benditos «progresistas» de la época y actuaba en consecuencia. Cuando algún párrafo de Strauss le parecía exageradamente «reaccionario», procedía a eliminarlo. Además de «expurgada», la versión está «aumentada» con unas «Notas del Traductor» de una deliciosa comicidad. Por ejemplo, en la página 256: «*Nota del Traductor*: No estamos conformes con las apreciaciones del autor respecto a la preferencia que concede...». – O en la página 274: «*Nota del Traductor*: No nos hacemos solidarios de la manera de pensar del autor sobre este punto». – O en la página 274: «*Nota del Traductor*: En este capítulo no podemos unirnos a la respetable opinión del autor» (las páginas citadas, por la edición de Madrid, 1893).

Los motivos del ataque de Nietzsche

Dos son los motivos que han solido aducirse para explicar este violentísimo ataque de Nietzsche a un hombre y a un libro. Serán comentados en seguida. Pero antes conviene decir que David Strauss no era ciertamente un desconocido para Nietzsche, e incluso podría afirmarse que en un determinado momento de su biografía intelectual tuvo una gran importancia para él. Un teólogo tan famoso –de tan mala fama– entonces en Alemania como David Strauss no podía escapar a la atención de Nietzsche, quien, no se olvide, estaba destinado por su familia a ser clérigo. En el otoño de 1864 había aparecido la edi-

ción popular de la *Vida de Jesús*. Nietzsche se hizo en seguida con ella. Poco antes de comenzar las vacaciones de Semana Santa de 1865 escribió en una hoja suelta una «Lista de libros para llevarme a las vacaciones»; contiene una veintena de obras, la primera de las cuales es precisamente la *Vida de Jesús* de Strauss. Durante aquellas vacaciones, y seguramente bajo la influencia de tal lectura, redactó Nietzsche dos pequeños ensayos, titulados «Sobre la vida de Jesús» y «Sobre la doctrina de la resurrección». Deussen, compañero de estudios de Nietzsche, cuenta en sus *Recuerdos de F. Nietzsche* que, en una ocasión, comentando la obra de Strauss, le manifestó a su amigo que no podía dejar de darle su aprobación. Nietzsche le replicó:

La cosa tiene una seria consecuencia: si abandonas a Cristo, tienes que abandonar también a Dios.

Seguramente la obra de Strauss hizo menos doloroso el «cambio de piel» de Nietzsche, es decir su abandono externo e interno de la fe cristiana. Por otro lado, Nietzsche nunca dejó de reconocer en Strauss una «verdadera naturaleza de crítico». En esta misma obra dirá (p. 121):

Hubo en otro tiempo un Strauss que era un docto bravo, riguroso, nada ligero de ropa, y que a nosotros nos caía igual de simpático que todos los que en Alemania sirven con seriedad y énfasis a la verdad y saben ser señores dentro de sus límites.

Y todavía en *El Anticristo* dirá:

Lejos está ya la época en que, como todos los jóvenes doctos, también yo saboreé, con la inteligente lentitud de un filólogo refinado, la obra del incomparable Strauss*.

Las dos explicaciones aludidas del ataque de Nietzsche a Strauss pecan seguramente de demasiado psicologistas. La primera (es la tesis de Curt Paul Janz y de Werner Ross) dice que ésta fue una «obra de encargo». Wagner había ordenado a Nietzsche la «ejecución» de su enemigo Strauss, y el fiel discípulo Nietzsche habría cumplido la orden. El principal argumento: un fragmento inédito de Nietzsche (aquí, el 128, en la p. 224), que dice:

Describir su génesis (de las *Intempestivas*): mi desesperación a propósito de Bayreuth... Unas pocas palabras de Wagner en Estrasburgo.

Nietzsche pasó ciertamente tres días con los Wagner en Estrasburgo, del 22 al 24 de noviembre de 1872. También aquí nos ayudan los *Diarios* de Cósima, que el día 23 señalan:

Richard sale a dar un paseo con nuestro amigo Nietzsche... Yo me quedo en el hotel escribiendo una carta al profesor Rohde.

* Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial (2011), Biblioteca de autor-Nietzsche, p. 72.

De lo que se habló en aquel paseo nada dice Cósima. Es muy posible que se hablase del libro de Strauss; el fragmento inédito antes citado de Nietzsche parece sugerirlo con claridad. Pero ¿en qué sentido se habló de ese libro? ¿Hizo Wagner un «encargo» a Nietzsche? Que en aquella época intervenía Wagner en los asuntos de Nietzsche, incluso en los asuntos literarios, es cosa probada: su injerencia en *El nacimiento de la tragedia*, por ejemplo, fue desastrosa. Pero que Nietzsche aceptase sin más un encargo de ese género, en un momento en que estaba distanciándose a pasos agigantados de Wagner y de su empresa, es completamente inverosímil.

La segunda explicación asevera que Nietzsche escribió esta obra por envidia, por rabia contra el éxito del libro de Strauss y el fracaso de su propio libro, publicados el mismo año. Ciertas palabras de Nietzsche parecen sugerirlo:

Si pienso en el revuelo que entre vosotros han levantado unos libros tan malos como los de David Strauss y en el revuelo que no han levantado otros libros... (fragmento póstumo 124, p. 220).

Esta explicación es seguramente tan poco verosímil como la anterior.

La verdadera explicación nos la ofrece Nietzsche mismo en repetidas ocasiones. Las vivencias que en este libro suyo se reflejan las había tenido Nietzsche, no en los años 1872 y 1873, sino mucho antes.

Aquella airada explosión contra la alemanería, la comodonería y la admiración de sí mismo del viejo David Strauss fue un de-

sahogo de unos sentimientos que ya había experimentado cuando era estudiante y me hallaba sentado en medio de la cultura alemana y del cultifilisteísmo alemán (fragmento póstumo 141, p. 230).

Nietzsche se había erigido un ideal de cultura asentado en tres pilares: la Grecia preplatónica, Schopenhauer y Wagner. El libro de Strauss se oponía de manera «ejemplar» a ellos. Y su *éxito* indicaba que el peligro era más grave de lo que podía suponerse. Nietzsche no se cansa de repetir que fue el *éxito* del libro, no el libro mismo, lo que lo impulsó a redactar este escrito. Se trataba de una lucha a vida o muerte. Era preciso destruir aquella «cultería» alemana si se quería que tuvieran alguna posibilidad de implantarse los ideales nietzscheanos. De ahí el tono violento de este texto. No es una cuestión personal. No es una obra de encargo. Es, aunque de manera negativa, una exposición del pensamiento de Nietzsche, que dice: vuestra ciencia no es mi ciencia; vuestra teología no es mi teología; vuestro arte no es mi arte; vuestra filosofía no es mi filosofía; ni siquiera estamos de acuerdo en cómo debe escribirse.

Una gran mistificación

El 5 de mayo de 1873 escribía Nietzsche a su amigo E. Rohde:

También yo he escupido un poco de lava: está bastante adelantado, al menos en el primer esbozo, un escrito mío contra

David Strauss – pero te pido un silencio sepulcral, pues se va a poner en escena una gran mistificación.

Esta extraña frase queda aclarada por numerosos fragmentos póstumos de los que aquí se reproducen y también por una carta de Gersdorff, en respuesta a otra de Nietzsche que no se ha conservado. Nietzsche quiso publicar este escrito sin su nombre, más aún, quiso presentarlo como la traducción al alemán de unas cartas a David Strauss escritas por un «extranjero» y vertidas por Gersdorff, el cual se negó terminantemente a semejante «mistificación». Gersdorff se encontraba por aquellos días de vacaciones en Italia y le escribió a Nietzsche la siguiente carta (10 de mayo de 1873):

Mi querido amigo: He regresado hoy a Roma a primera hora de la mañana y acaban de entregarme tu carta. Ya te escribí desde Nápoles que me encuentro muy decaído, pues la fiebre me ha afectado seriamente. Me apresuro a responder con brevedad a tu importante pregunta. Tengo que hacerlo con un resuelto «no». No puedo prestar mi nombre para un asunto que sin duda es grande e importante, pero que me es todavía enteramente desconocido en los detalles, pues nada he leído de los últimos escritos de Strauss. Aunque es cierto que se trata de una lucha contra el filisteísmo y en ella no importa tanto el individuo Strauss cuanto la especie en su conjunto, no puedo aparecer personalmente ante el público, con el cual quiero evitar todo contacto, tanto más cuanto que tampoco poseo el menor talento de escritor. Por otro lado, tengo reparos contra la ficción que me propones. Será descubierta en se-